

una sola vez al mes al sacramento de la Eucaristía, sería necesariamente el mas virtuoso de cuantos pueblan la tierra. Haced extensivo este argumento de lo individual á lo colectivo, esto es, del hombre al pueblo, y vereis que la Comunión es una legislación entera.

«Hé aquí unos hombres, dice Voltaire (cuya opinión no será sospechosa), que reciben en sí á Dios, en medio de una ceremonia augusta, al resplandor de cien cirios, despues de oír una música que ha embelgado sus sentidos, y al pié de un altar donde resplandece el oro. La imaginación se siente avasallada y el alma enternecida; respirase con dificultad; el corazón se siente desprendido de los bienes terrenos, y se une con Dios, que está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atreverá á cometer ó podrá cometerla, una sola falta, ni concebir tan solo el propósito de arrojarse á ella? Era imposible ciertamente imaginar un misterio que impeliere con mas eficacia los hombres al ejercicio de la virtud.»

Si nos expresáramos con igual vehemencia, seríamos calificados de fanáticos.

La Eucaristía tuvo su origen en la Cena; y aquí apelamos al pintor para que decida acerca de la hermosura del cuadro en que Jesucristo está representado diciendo: *Hoc est corpus meum*. Respecto de esto debemos advertir cuatro cosas:

1.º En el pan y el vino materiales se ve la consagración del alimento del hombre, que procede de Dios, y que debemos á su largueza. Aun cuando en la Comunión no hubiera otra cosa que este ofrecimiento de las riquezas de la tierra al que las dispensa, esto solo bastaría para compararla á las mas hermosas costumbres religiosas de la Grecia.

2.º La Eucaristía recuerda la Pascua de los israelitas, suceso que sube al tiempo de los Faraones; anuncia la abolición de los sacrificios sangrientos; es tambien la imagen de la vocación de Abraham y de la primera alianza de Dios con el hombre. Cuanto hay de grande en antigüedad, en historia, en legislación y en figuras sagradas, se encuentra reunido en la comunión del cristiano.

3.º La Eucaristía anuncia la reunión de los hombres en una gran familia, pues enseña el fin de las enemistades, la igualdad natural y el establecimiento de una nueva ley que no conocería ni judíos ni gentiles, é invitaria á una misma mesa á todos los hijos de Abraham.

Finalmente, la cuarta cosa que se descubre en la Eucaristía es el misterio directo y la presencia real de Dios en el pan consagrado. Aquí es preciso que el alma vuele por un momento á ese mundo intelectual que le fue abierto antes de su caída.

Cuando el Omnipotente hubo criado al hombre á su semejanza, animándole con un soplo de vida, hizo alianza con él. Adam y Dios conversaban en la soledad, pero la alianza quedó rota de hecho por resultado de la desobediencia, porque el Ser Eterno no podía proseguir comunicándose con la muerte, ni la Espiritualidad tener algo de común con la materia, pues entre dos cosas de propiedades diferentes no puede establecerse punto alguno de contacto sino en virtud de un medio. El primer esfuerzo que el amor divino llevó á cabo para acercarse á nosotros, fue la vocación de Abraham y el establecimiento de los sacrificios, figuras que anunciaban al mundo el advenimiento del Mesías. El Salvador, al rehabilitarnos en nuestros fines, como hemos observado al hablar de la Redención, debía devolvernos nuestros privilegios; y el mas precioso de estos era sin duda el de comunicar con el Criador. Pero esta comunicación no podía ya tener lugar inmediatamente como en el Paraiso terrenal; en primer lugar, porque nuestro origen subsistió mancillado; y en segundo, porque nuestro cuerpo, ya esclavo de la muerte, es harto débil para comunicar directamente con Dios sin espirar. Era preciso, pues, un intermedio mediato, y

este fue su Hijo, que se dió al hombre en la Eucaristía, haciéndose, digámoslo así, el camino sublime por cuyo medio nos reunimos de nuevo al Creador de nuestra alma.

Empero si el Hijo permaneció en su esencia primitiva, es evidente que la misma separación hubiese existido en la tierra entre Dios y el hombre, toda vez que no puede haber unión entre la pureza y la mancha, entre una realidad eterna y el sueño de nuestra vida. Pero el Verbo se dignó hacerse semejante á nosotros, al descender al seno de una mujer. Por una parte se enlaza con su Padre en virtud de su espiritualidad, y por la otra se une con la carne, en razon de su forma humana; de esta manera se constituye el lazo buscado entre el hijo culpable y el padre misericordioso. Ocultándose bajo la especie de pan, se hace un objeto sensible para los ojos del cuerpo, mientras permanece un objeto intelectual para los del alma. Si ha escogido el pan para velarse, es porque el trigo es un emblema noble y puro del alimento divino.

Si esta elevada y misteriosa teología de que nos limitamos á trazar algunos rasgos, arredra á nuestros lectores, obsérvese no obstante cuán luminosa es esta metafísica comparada con la de Pitágoras, Platon, Timoteo, Aristóteles, Carneades y Epicuro, pues no se halla en ella ninguna de esas abstracciones de ideas, para las cuales es forzoso crearse un lenguaje ininteligible al común de los hombres.

Resumiendo lo que hemos dicho acerca de la Comunión, vemos que presenta desde luego una pompa encantadora; que enseña la moral, porque es preciso hallarse puro para acercarse á ella; que es la ofrenda de los dones de la tierra al Criador, y que trae á la memoria la sublime y tierna historia del Hijo del Hombre. Unida al recuerdo de la Pascua y de la primera alianza, la Comunión va á perderse en la noche de los tiempos; se enlaza con las primeras nociones relativas al hombre religioso y político, y expresa la antigua igualdad del género humano; finalmente, perpetúa la memoria de nuestra primera caída, y la de nuestra rehabilitación y reunión con Dios.

CAPITULO VIII.

LA CONFIRMACION, EL ORDEN Y EL MATRIMONIO.

Exámen del voto de celibato bajo sus relaciones morales.

Es imposible no experimentar cierta admiración al considerar la época de la vida en que la Religión ha señalado el solemne himeneo del hombre con el Criador: esa época es el momento en que el corazón va á inflamarse en el fuego de las pasiones; el momento en que la mente puede concebir al Ser Supremo: Dios se muestra como el inmenso genio que atormenta súbitamente al jóven, llenando todas las facultades de su alma inquieta y engrandecida. Pero el peligro aumenta, y el inexperto viajero, lanzado á la senda de la vida, há menester de nuevos auxilios. La Religión, que no le olvida, le reserva un apoyo en la Confirmación: esta acude á sostener sus trémulos pasos, como el báculo del peregrino, ó como aquellos cetros que se transmitían de raza en raza entre los reyes antiguos, y en los cuales se apoyaban los Evandros y los Néstores, pastores de los hombres, al juzgar á los pueblos. Notemos que la moral entera de la vida se encierra en el sacramento de la Confirmación, puesto que todo aquel que tiene la fuerza necesaria para confesar á Dios, practicará por precisión la virtud, toda vez que el pecar es renegar del Criador.

El mismo espíritu de sabiduría ha colocado el Orden y el Matrimonio inmediatamente despues de la Confirmación.

El niño es ya hombre, y la Religión que le ha segui-

do con tierna solicitud en el estado natural, no le abandonará en el social. Admirad aquí la profundidad de los designios del Legislador de los cristianos. No ha establecido sino dos sacramentos sociales, si podemos decirlo así, porque en efecto, solo hay dos estados en la vida: el celibato y el matrimonio. Así, pues, sin detenerse en las distinciones civiles, inventadas por nuestra mezquina razon, Jesucristo divide la sociedad en dos clases, á las que da, no leyes políticas sino morales, y en esto se halla de acuerdo con toda la antigüedad. Los antiguos sabios de Oriente, que han dejado tan colosal nombradía, no reunían á los hombres tomándolos al azar, para meditar impracticables constituciones, sino que eran unos verdaderos solitarios que habian viajado mucho tiempo, y cantaban á los dioses sobre la lira. Cargados con las riquezas adquiridas en extrañas naciones, y aun mas ricos con los dones de una vida santa, pulsando el laud y ostentando una corona de oro sobre la nevada cabellera, aquellos hombres divinos, sentados á la sombra de algun plátano, dictaban sus lecciones á todo un pueblo embelesado. ¿Y cuáles eran las instituciones de los Amfiones, los Cadmos y los Orfeos? Una hermosa música, llamada Ley, danzas, cánticos, algunos árboles consagrados, unos ancianos que guiaban unos niños, un himeneo formado al pié de un sepulcro, la Religión y Dios en todas partes. Esto lo ha hecho tambien el Cristianismo, aunque de una manera aun mas admirable.

Sin embargo, los hombres nunca se avienen relativamente á los principios, y las instituciones mas sabias han hallado detractores. Así es que en estos últimos tiempos se ha clamado contra el voto del celibato, inherente al sacramento del Orden. Unos, buscando por donde quiera armas contra la Religión, han creído hallarlas en ella misma, y han hecho valer la antigua disciplina de la iglesia, que, en su opinion permitia el matrimonio al sacerdote, al paso que otros se han contentado con hacer de la castidad cristiana el blanco de sus sarcasmos. Respondamos á los hombres razonadores y á las objeciones morales.

Es cierto que el séptimo cánón del segundo concilio de Letran en el año 1139, fija sin ningun género de duda el celibato del clero católico en una época mas remota; pueden citarse algunas disposiciones del concilio citado, en 1123; de Tibur, en 895; de Trolí, en 909; de Toledo, en 633, y de Calcedonia, en 451. Baronio prueba que el voto del celibato era general entre el clero en el siglo diez y seis. Un cánón del primer concilio de Tours escomulga á todo presbítero, diácono ó subdiácono que hubiese conservado su mujer despues de recibidas las órdenes: *Si inventus fuerit presbyter cum sua presbytera, aut diaconus cum sua diaconisa; aut subdiaconus cum sua subdiaconisa, annum integrum excommunicatus habeatur*. La virginidad era mirada con el estado mas perfecto para un cristiano, desde los tiempos de San Pablo.

Pero aun admitiendo por un momento que el matrimonio de los sacerdotes hubiese sido tolerado en la primitiva Iglesia, lo que no puede sostenerse histórica ni canónicamente, no se inferiría de esto que les debiese ser permitido en la actualidad. Las costumbres modernas se oponen á esta innovacion, que destruiría por otra parte radicalmente la disciplina de la Iglesia.

En los antiguos dias de la Religión, dias de combates y de triunfos, los cristianos poco numerosos y llenos de virtud, vivían fraternalmente entre sí, disfrutaban de las mismas alegrías y participaban de las mismas atribuciones en la mesa del Señor. El pastor podía, pues, en rigor tener una familia en medio de aquella sociedad santa, que era ya su familia; no era desviado por sus propios hijos del cuidado de sus restantes ovejas, pues formaban parte de su rebaño; ni podía delatar en provecho de ellos los secretos del pecador, puesto que no habia pecados que ocultar, y las confesiones se hacían en alta voz en aquellas *basílicas de la muer-*

te, en que los fieles se reunían para orar sobre las cenizas de los mártires. Aquellos cristianos habian recibido del cielo un sacerdocio que nosotros hemos perdido. Mas que una asamblea popular, formaban una comunidad de levitas y de religiosas: el Bautismo habia hecho de todos unos sacerdotes y confesores de Jesucristo.

San Justino el Filósofo, en su primera *Apología*, hace una admirable descripción de la vida de los fieles de aquel tiempo. «Se nos acusa, dice, de perturbadores de la tranquilidad del Estado, y no obstante, uno de los principales dogmas de nuestra fe es que nada está oculto á los ojos de Dios, y que nos juzgará severamente un día por nuestras buenas ó malas acciones: pero, ¡oh poderoso emperador! las mismas penas que has decretado contra nosotros, nos radican en nuestro culto, pues todas esas persecuciones nos han sido predichas por nuestro Maestro, hijo del Supremo Dios, padre y señor del universo.»

«El día del sol (el domingo), todos los habitantes de la ciudad y del campo se reunían en un lugar común; leíanse las Sagradas Escrituras; luego, un anciano exhortaba al pueblo á imitar tan hermosos ejemplos. Levantábanse y oraban de nuevo; se presentaba agua, pan y vino, y el prelado recitaba la acción de gracias, respondiendo la concurrencia *Amen*. Distribuíase una parte de las cosas sagradas, y los diáconos llevaban el resto á los ausentes. Hacíase una cuestación, y los ricos daban lo que tenían á bien. El prelado guardaba estas limosnas para asistir á las viudas, huérfanos, enfermos, presos, pobres y extranjeros, y en una palabra, á todos los necesitados, que corrían esencialmente por cuenta del prelado. Si nos reunimos en el día del sol, es porque Dios formó el mundo en él, y en él resucitó á su Hijo para confirmar á sus discípulos en la doctrina que hemos expuesto.

«Si te parece buena, respétala, y si despreciable, recházala; mas no por ello entregues á los verdugos unos hombres que ningun mal han hecho, porque nos atrevemos á anunciarte que no evitarás el juicio de Dios si permaneces en la injusticia; por lo demás, sea cual fuere nuestra suerte, ¡cúmplase la voluntad de Dios! Hubiéramos podido reclamar tu equidad en virtud de la carta de tu padre César Adriano, de ilustre y gloriosa memoria; pero hemos preferido confiarle la justicia de nuestra causa.»

La *Apología* de Justino estaba bien hecha para sorprender la tierra. El autor acababa de revelar una edad de oro en medio de la corrupción, y de descubrir un pueblo nuevo en los subterráneos de un antiguo imperio. Semejantes costumbres debieron parecer tanto mas hermosas, cuanto que no eran conocidas en los primeros dias del mundo, en consonancia con la naturaleza y las leyes, y formando un notable contraste con el resto de la sociedad. Lo que hace la vida de aquellos fieles mas interesante que la de esos hombres perfectos cantados por la Fábula, es que estos se nos representan felices, y aquellos se nos muestran á través de los encantos del infortunio. La virtud no se ostenta con mas poder á la sombra de los bosques y á la orilla de las fuentes, sino que debemos verla á la sombra de los muros de las cárceles, y entre las olas de sangre y de lágrimas. ¡Cuán divina es la Religión, cuando en el fondo de un subterráneo, en el silencio y en la noche de los sepulcros, un pastor rodeado de peligros celebra al resplandor de una lámpara, delante de un rebaño de fieles, los Misterios de un Dios perseguido!

Era necesario consignar sólidamente esta inocencia de los cristianos primitivos, para enseñar que si á pesar de tanta pureza se hallaron inconvenientes al matrimonio de los sacerdotes, sería de todo punto imposible admitirlo en la actualidad.

En efecto, cuando los cristianos se multiplicaron y la corrupción cundió entre los hombres, ¿cómo hu-

biera podido el sacerdote desempeñar al mismo tiempo los deberes de su familia y de su iglesia? ¿Cómo hubiera permanecido casto al lado de una esposa que había dejado de serlo? Y si se nos presentan como objeción los países protestantes, diremos que en ellos ha sido preciso abolir gran parte del culto exterior; que un ministro no se presenta en un templo dos ó tres veces á la semana; que han cesado casi todas las relaciones entre el pastor y el rebaño, pues aquel es por lo regular un hombre de mundo, que da bailes y banquetes. Por lo que respecta á algunas sectas morosas, que afectan la sencillez evangélica, y quieren una *religion sin culto*, esperamos que no nos serán presentados como objeción. Por último, en los países donde está establecido el matrimonio clerical, la confesion, la mas preciosa de las instituciones morales cesó y debió cesar inmediatamente, pues es muy natural que nadie se atreva á hacer dueño de sus secretos al hombre que ha hecho á una mujer dueña de los suyos; téme-se con razon confiarse al hombre que ha roto su contrato de fidelidad con Dios, y repudiado al Criador para unirse con la criatura.

Réstanos solo responder á la objecion deducida de la ley general de la poblacion.

Parécenos que una de las primeras leyes naturales que debió abolirse al empezar la Nueva Alianza, fue la que favorecia la poblacion mas allá de ciertos límites. Uno fue Jesucristo y otro fue Abraham: este se mostró en un tiempo de inocencia, en que la tierra carecia de habitantes, al paso que Jesucristo apareció en medio de la corrupcion de los hombres y cuando el mundo había perdido su soledad. El pudor puede cerrar en nuestros dias el seno de las mujeres, pues la segunda Eva, al curar los males que habían abrumado á la primera, ha hecho bajar del cielo la virginidad, para darnos una idea del estado de pureza y de alegría que precedió á los antiguos dolores de la madre.

El Legislador de los cristianos nació de una virgen y murió virgen. ¿No ha querido enseñarnos en esto, bajo las relaciones políticas y naturales, que la tierra había llegado á su complemento de habitantes, y que lejos de multiplicar las generaciones, seria preciso disminuirlas en lo sucesivo? En apoyo de esta opinion vemos que los estados nunca parecen por falta, sino por exceso de hombres. Una poblacion exuberante es el azote de los imperios. Los bárbaros del Norte devastaron el globo cuando sus bosques se vieron llenos. La Suiza se veia obligada á derramar sus industriosos habitantes por los reinos extranjeros, como derrama sus rios fecundos; y á nuestra vista, en el momento mismo en que la Francia perdió tantos labradores, la agricultura se mostró mas floreciente. ¡Ah! Miserables insectos, zumbamos en derredor de una copa de acibar, en la que por casualidad han caído algunas gotas de miel, y nos devoramos reciprocamente cuando el espacio falta á nuestra multitud. Por una desgracia aun mayor, cuanto mas nos multiplicamos, mas campo falta á nuestros deseos. De este terreno que disminuye siempre, y de estas pasiones que aumentan sin cesar, deben resultar tarde ó temprano espantosas revoluciones.

Por lo demás, los sistemas se desvanecen ante los hechos. ¡La Europa está desierta, merced á un clero católico que ha hecho voto de celibato! Hasta los monasterios son favorables á la sociedad, porque los frailes esparcen la abundancia en la cabaña del pobre, al consumir sus géneros en las localidades que pueblan. ¿Dónde se veían en Francia paisanos bien vestidos y labradores cuyo aspecto anunciase la abundancia y la alegría, á no ser bajo la dependencia de alguna opulenta abadía? Las grandes propiedades no producen siempre este efecto; y las abadías ¿eran acaso otra cosa que unos dominios donde residian sus propietarios? Pero esto nos llevaria demasiado lejos, y volveremos

á tratar de esta materia cuando nos ocupemos de las órdenes monásticas. Añadamos, no obstante, que el clero favorecia la poblacion, predicando la concordia y la union entre los esposos, deteniendo los progresos del libertinaje, y fulminando las censuras de la Iglesia contra el sistema del pequeño número de hijos, adoptado por el pueblo de las ciudades.

Por último, parece casi demostrado que en un gran estado son necesarios algunos hombres que separados del resto del mundo é investidos de un carácter augusto, puedan trabajar en los progresos de las luces, en la perfeccion de la moral y en el alivio de los desgraciados, sin hijos, sin esposa y sin las ocupaciones propias del siglo. ¡Cuántos milagros no han operado bajo estos tres puntos de vista en la sociedad, nuestros clérigos y religiosos! Déseles una familia, y esos estudios y esa caridad que consagraban á su patria, los utilizarán en pró de sus parientes; y ¡felices si no convierten en vicios las virtudes!

Hé aquí lo que teníamos que responder á los moralistas, relativamente al celibato clerical. Veamos ahora si podemos decir algo á los poetas: para ello nos son indispensables otras razones, otras autoridades y otro estilo.

CAPITULO IX.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Del sacramento del Orden.

La mayor parte de los sabios de la antigüedad vivieron en el celibato; y sabido es cuan venerada era la castidad entre los gimnosofistas, los brahmanes y los druidas. Los mismos salvajes la miran como celestial, porque todos los pueblos han abrigado una opinion unánime acerca de la excelencia de la virginidad. Entre los antiguos, los sacerdotes y las sacerdotisas, de quienes se creia que comunicaban íntimamente con el cielo, debian vivir solitarios; y el mas ligero ataque á sus votos era seguido de un castigo terrible. Ofrecíanse tan solo á los dioses las terneras que aun no habían sido madres. Cuanto había de mas sublime y dulce en la Fábula poseia la virginidad, dote que se concedia á Venus-Urania y á Minerva, diosas del génio y de la sabiduria; la Amistad era una adolescente, y la misma virginidad, personificada bajo los atributos de la luna, ostentaba su misterioso pudor en los frescos espacios de la noche.

Considerada bajo otros puntos de vista, la virginidad no es menos amable. En los tres reinos de la naturaleza es el manantial de las gracias y la perfeccion de la hermosura. Los poetas, á quienes nos proponemos convencer aquí, nos servirán de autoridad contra ellos mismos. ¿No se complacen en reproducir en todas partes la idea de la virginidad en sus descripciones y cuadros? Encuéntranla tambien en medio de los campos, en las rosas de la primavera y en la nieve del invierno; y la colocan en las dos extremidades de la vida, esto es, en los labios del niño y en los cabellos del anciano; colócanla asimismo en los misterios del sepulcro, y nos hablan de la antigüedad que consagraba á los Manes unos árboles sin semilla, porque la muerte es estéril, ó porque en la otra vida se desconocen los sexos, y el alma es una virgen inmortal. Nos dicen por último que entre los animales, los que mas se acercan á nuestra inteligencia están consagrados á la castidad. ¿No creemos reconocer en la colmena de las abejas el modelo de esos monasterios donde las vestales componen una miel celestial con la flor de las virtudes?

Por lo que respecta á las bellas-artistas, la virginidad constituye asimismo sus encantos, y las Musas le deben su eterna juventud. Pero en el hombre es donde despliega especialmente su excelencia. San Ambrosio

compuso tres tratados acerca de la virginidad, empleando en ellos todas las galas de su elocuencia, y se excusa de ello diciendo que lo hace para cautivar el espíritu de las doncellas mediante la dulzura de sus palabras. El citado santo denomina la virginidad una *exencion de toda mancha*, y demuestra cuan preferible era su tranquilidad á los cuidados del matrimonio, diciendo á las vírgenes: «El pudor que colora vuestras mejillas os hace extremadamente bellas. Retiradas de la vista de los hombres cual rosas solitarias, vuestras gracias no están sometidas á sus falsos juicios, y no obstante bajais al palenque para disputar el precio de la hermosura, no la corporal, sino la de la virtud; hermosura que las enfermedades no desfigurán, que los años no marchitan, que ni aun la muerte arrebatara. Solo Dios se constituye juez de estas luchas de las vírgenes, porque ama las almas hermosas aun en los cuerpos feos... Una virgen no conoce los inconvenientes de la preñez ni los dolores del parto; es un don del cielo y la alegría de sus parientes; ejerce en la casa paterna el sacerdocio de la castidad, y es una víctima que se inmola diariamente por su madre.»

En el hombre, la castidad presenta un carácter sublime, y si combatida por las tempestades del corazón sabe resistir, es celestial. «Un alma casta, dice San Bernardo, es por virtud lo que el ángel por naturaleza; y si hay mas felicidad en la castidad del ángel, hay mas valor en la del hombre. En los religiosos se transforma en humanidad, como lo acreditan los *Padres de la Redencion* y todas esas *Órdenes hospitalarias*, consagradas al consuelo de nuestros dolores; cámbiase en estudio en el sabio; es meditacion en el solitario; carácter esencial del alma y de la fuerza mental, no existe un hombre que no haya conocido sus ventajas para entregarse á los trabajos intelectuales; es, por consiguiente, la primera de las cualidades, puesto que imprime nuevo vigor al alma, y esta es la parte mas preciosa de nosotros mismos.

Pero si la castidad es necesaria en alguna parte, es en el servicio de la Divinidad. Oigamos á Platon: «Dios es la verdadera medida de las cosas, y debemos hacer todos los esfuerzos posibles para asemejarnos á él.» El hombre que se ha consagrado á los altares, está mas obligado á esto que otro cualquiera. «No se trata aquí, dice San Crisóstomo, del gobierno de un imperio ó del mando militar, sino de un cargo que exige una virtud angelical, pues el alma de un sacerdote debe ser mas pura que los rayos del sol.» «El ministro cristiano, añade San Jerónimo, es el intérprete entre Dios y el hombre.» Es preciso, pues, que el sacerdote sea un personaje divino; que en su derredor reinen la virtud y el misterio; y que, retirado en las santas tinieblas del templo, se le oiga sin ser visto; que su voz solemne, grave y religiosa, pronuncie palabras proféticas, ó entone himnos de paz en las sagradas profundidades del tabernáculo; que se deje ver pocas veces entre los hombres, y que no se muestre en el siglo sino para hacer bien á los desvalidos, porque solo á este precio se le conceden el respeto y la confianza. Y no tardará en perder aquel y esta, si se le halla á la puerta de los magnates, si tiene esposa, si le rodea la familiaridad, si se muestra con todos los vicios de que se acrimina al mundo, y si se puede por un momento suponersele un hombre como los demás.

Finalmente, el anciano casto es una especie de divinidad: Priamo, viejo como el monte Ida, y de cabellos tan blancos cual la encina del Gárgaro; Priamo, en su palacio y en medio de sus cincuenta hijos, presenta á los siglos el espectáculo mas augusto de la paternidad; pero Platon, sin esposa y sin familia, sentado al pié de un templo en la punta de un cabo azotado por las olas; Platon, enseñando la existencia de Dios á sus discípulos, es un ser mucho mas divino; pues se muestra desprendido de la tierra y pertene-

ciente al número de esos *demonios*, ó de esas inteligencias superiores de que nos habla en sus escritos.

La virginidad, pues, subiendo desde el último eslabon de la cadena de los seres hasta el hombre, pasa desde este á los ángeles y desde estos á Dios, en quien se pierde. Dios brilla eternamente único en los espacios de la eternidad, como el sol, su imagen, en los espacios del tiempo.

Deduzcamos que los poetas y los hombres de mas delicado gusto, nada razonable pueden oponer al celibato sacerdotal, puesto que la virginidad forma parte del recuerdo en las cosas antiguas, de los encantos en la amistad, del misterio en la tumba, de la inocencia en la cuna, de todos los atractivos en la juventud, de la humanidad en los religiosos, de la santidad en el presbítero y en el anciano, y de la divinidad en los ángeles y en el mismo Dios.

CAPITULO X.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

El Matrimonio.

La Europa debe á la Iglesia el pequeño número de buenas leyes que posee. Acaso no hay una sola circunstancia en materia civil que no haya sido prevista por el derecho canónico, fruto de la experiencia de quince siglos y del talento de los Inocencios y los Gregorios. Los emperadores y los reyes mas sabios, como Carlo Magno y Alfredo el Grande, han creído muy conveniente admitir en el código civil una parte de ese código eclesiástico en que se refunden la ley levítica, el Evangelio y el derecho romano. ¡Cuán vasta y milagrosa es la nave de la Iglesia!

Al elevar el Matrimonio á la dignidad de sacramento, Jesucristo nos ha mostrado la gran figura de su union con la Iglesia. Cuando se considera que el Matrimonio es el eje sobre que gira la economía social, ¿puede suponerse que sea bastante santo? Nunca se admirará en demasia la sabiduria del que lo ha señalado con el sello de la Religión.

La Iglesia ha multiplicado sus desvelos en favor de un acto tan solemne de la vida, y ha determinado los grados de parentesco dentro de cuyo limite es permitida la union de los esposos. El derecho canónico reconocia las generaciones simples partiendo del tronco, y prohibió hasta la cuarta el matrimonio, que el derecho civil, contando las ramas dobles, fijaba en la segunda; así lo preceptuaba la ley de Arcadio, inserta en las *Institutas de Justiniano*.

Pero la Iglesia, obedeciendo á su acostumbrada sabiduria, ha seguido en este reglamento el progresivo cambio de las costumbres. En los primeros siglos del Cristianismo, la prohibicion de matrimonio se extendia hasta el séptimo grado; y aun algunos concilios, como el de Toledo, en el siglo xvi, prohibían de una manera ilimitada toda union entre los individuos de una misma familia.

El espíritu que dictó estas leyes es digno de la pureza de nuestra Religión, pues los paganos se han mostrado muy inferiores á esta castidad cristiana. En Roma se permitía el matrimonio entre primos hermanos; y Claudio hizo publicar, para casarse con Agripina, una ley en virtud de la cual el tío podia unirse con la sobrina. Solon había dejado al hermano la libertad de casarse con su hermana uterina.

La Iglesia no ha limitado á esto sus precauciones. Despues de haber seguido algun tiempo el Levítico, relativamente á las *afinidades*, concluyó declarando impedimentos *dirimentes* de matrimonio todos los grados de afinidad correspondientes á los de parentesco dentro de los cuales está prohibido el matrimonio. Por último, ha previsto un caso que había pasado desapercibido para todos los juriconsultos: el caso en

que un hombre hubiese mantenido un comercio ilícito con una mujer; la Iglesia declara que no puede elegir esposa en la familia de esta mujer, mas allá del segundo grado. Esta ley, muy antigua en la Iglesia, pero fijada por el concilio de Trento, pareció tan prudente, que el código francés, aunque rechazó la totalidad del concilio, no dejó de aceptar este canon.

Por lo demás, los impedimentos matrimoniales entre parientes, tan multiplicados por la Iglesia, además de sus razones morales y espirituales, tienden políticamente á dividir las propiedades y á impedir que andando el tiempo, toda la riqueza territorial se acumule en algunas familias.

La Iglesia ha conservado los desposorios, cuya antigüedad es muy remota. Aulo Gelio nos dice que fueron conocidos del Lacio; los romanos los adoptaron, los griegos los siguieron, y eran tenidos en honor en la Antigua y Nueva Alianza: José se desposó con María. El objeto de esta costumbre es dar á los esposos el tiempo necesario para que se conozcan antes de unirse.

En nuestros campos, los desposorios se verificaban con sus antiguos encantos. En una hermosa mañana de agosto un jóven campesino iba á buscar á su novia á la vivienda de su futuro suegro. Dos gaiteros precedían la comitiva, tocando romances cabalerescos ó cánticos de peregrinos. Los siglos salían de sus góticas tumbas para acompañar con sus antiguas costumbres y sus vetustos recuerdos á aquella alegre juventud. La mujer recibía del párroco la bendición de los desposorios, y ponía sobre el altar una rueda adornada de cintas. La comitiva volvía á la casa de la desposada; y la señora y el señor del lugar, el párroco y el alcalde se sentaban con los futuros esposos, los labradores y las matronas, en derredor de una mesa en que se servían el verraco de Eumeo y el becerro de los patriarcas. La fiesta terminaba con un paseo por las alquerías inmediatas; la señorita del castillo bailaba al compás de la gaita con el desposado, mientras los espectadores, sentados sobre las nuevas arbas, respiraban los recuerdos de las hijas de Jethro, de los segadores de Booz y de los desposorios de Jacob y Raquel.

A los desposorios seguía la publicación de las amonestaciones, prudente costumbre, ignorada de la antigüedad y debida á la Iglesia, siendo forzoso referirla mas allá del siglo XIV, pues se hace mención de ella en una decretal del papa Inocencio III, quien la convirtió en regla general en el concilio de Letran; el de Trento la renovó, y la ordenanza de Blois la introdujo en nuestro país. El espíritu de esta ley es evitar las uniones clandestinas, y hacer públicos los inconvenientes que pueden oponerse al matrimonio entre las partes contrayentes.

Mas ya llega el matrimonio cristiano, y se presenta con un aparato muy diferente de los desposorios. Su paso es grave y solemne, augusta y silenciosa su pompa; adviértese al hombre que se abre para él una nueva senda, y las palabras de la bendición nupcial (palabras que el mismo Dios pronunció sobre la primera pareja del mundo), infunden al marido gran respeto, pues le dicen que llena el acto mas importante de la vida; que va á ser, como Adam, cabeza de una familia, y que se carga con todo el peso de la condicion humana. La esposa recibe no menor enseñanza, pues la imagen de los placeres desaparece á sus ojos ante la de los deberes conyugales. Parece que una voz le grita desde el altar: «¿Sabes que ya no hay otra libertad para tí que la de la tumba? ¿Sabes lo que es llevar en tus entrañas mortales al hombre inmortal y hecho á semejanza de Dios?» Entre los antiguos, un himeneo era una ceremonia llena de escándalo y alegría, que nada enseñaba de los pensamientos graves que el Matrimonio inspira; el restablecimiento de su dignidad estaba reservado al Cristianismo.

Este, conociendo tambien antes que la filosofía, la proporcion en que nacen ambos sexos, fue el primero que advirtió que el hombre no puede tener sino una mujer, y que debe conservarla hasta la muerte. El divorcio es desconocido en la Iglesia católica, á no ser en algunos lugares de la Iliria, sometidos en otro tiempo al dominio de Venecia, y sectarios del rito griego. Si las pasiones de los hombres se han sublevado contra esta ley; si no han echado de ver el desorden que el divorcio introduce en el seno de las familias, alterando las sucesiones, desnaturalizando los afectos paternales, corrompiendo el corazon, y haciendo del Matrimonio una prostitucion civil, algunas palabras que sobre el particular diremos, no serán inoportunas.

Sin entrar en la profundidad de esta materia, observaremos que si por medio del divorcio se cree hacer á los esposos mas felices (y este es actualmente un gran argumento), se incurre en un grosero error. El que no ha labrado la felicidad de su primera esposa; el que no se ha ligado con ella por su ceñidor virginal ó por su primera maternidad; el que no ha podido sujetar sus pasiones al yugo de la familia; el que no ha podido encerrar su corazon en su tálamo nupcial, nunca labrará la felicidad de una segunda esposa; ¡en vano se esperaría tal prodigio! Ni él mismo ganará cosa alguna en semejantes cambios; porque le que considera diferencias de genio entre él y su compañera, es únicamente la inclinacion de su inconsciencia y la inquietud de su deseo. La costumbre y la duracion del tiempo son mas indispensables de lo que se cree para la felicidad y aun para el amor. No somos felices en el objeto de nuestro cariño, sino cuando hemos vivido en su compañía muchos dias, y especialmente si estos han sido sellados por el infortunio. Es preciso que nos conozcamos á fondo; es preciso que el velo misterioso con que se cubria á los dos esposos en la primitiva Iglesia, sea levantado por ellos en todos sus pliegues, en tanto que permanece impenetrable á los ojos del mundo. ¡Cómo! ¿por el mas leve capricho, será preciso temer verse privado de una esposa y de unos hijos, y renunciar á la esperanza de pasar la yerta vejez á su lado? Ni se replique que este temor obligará á ser mejores esposos; ¡no! porque no nos identificamos sino con el bien de que tenemos seguridad, y miramos indiferentes el que puede perderse.

No demos al Himeneo las alas del Amor, ni hagamos de una santa realidad un aéreo fantasma. Otra circunstancia destruirá además la felicidad de esos lazos efímeros: atormentarán el alma los remordimientos, pues se comparará sin cesar una esposa con otra, lo que se ha perdido con lo que se ha encontrado, y ¡desechemos necias ilusiones! la balanza se inclinará constantemente en favor de las cosas pasadas: así plugo á Dios formar el corazon humano. Ese olvido de un sentimiento por otro envenenará todas las alegrías; al acariciar á un nuevo hijo, se pensará en el que se ha abandonado; al estrechar sobre el pecho la nueva esposa, el corazon clamará diciendo que la primera era mas digna de amor. Todo en el hombre propende á la unidad, por cuya razon no es dichoso si se divide: y á semejanza de Dios, que le hizo á su imagen, su alma se inclina incesantemente á reconcentrar en un punto lo pasado, el presente y el porvenir.

Hé aquí lo que teníamos que decir acerca de los sacramentos del Orden y el Matrimonio. Por lo que respecta á los cuadros á que se prestan, sería supérfluo describirlos en este lugar. ¿Qué imaginacion necesita que se la ayude á representarse al sacerdote que abjura las alegrías de la vida para entregarse á los desgraciados, ó á la tierna doncella que se consagra al silencio de las soledades para ballar el del corazon, ó á los esposos que se prometen amarse al pié de los altares? La esposa del cristiano no es una simple mortal, sino un ser extraordinario, misterioso, angélico; es la carne

de la carne, la sangre de la sangre de su esposo. El hombre, al unirse con ella, vuelve á tomar una parte de su sustancia, pues así su alma como su cuerpo están incompletos sin la mujer; si él tiene la fuerza, ella ostenta la hermosura; él combate al enemigo y cultiva los campos de la patria; pero como nada se le alcanza de los quehaceres domésticos, le falta la mujer para preparar su alimento y disponer su lecho. Si el hombre tiene pesares, allí está su compañera que los dulcifica; si sus dias son sombríos y borrascosos, halla en su lecho unos brazos castos en que olvida todos sus males; que sin la mujer seria rudo, grosero y solitario. La mujer suspende en su derredor las flores de la vida, bien así como esas lianas de los bosques que engalanan el trono de las encinas con sus perfumadas guirnaldas. Por último, el esposo cristiano y su esposa viven, renacen y mueren á la par; erian á la par los frutos queridos de su union; á la par se reducen al primitivo polvo, y vuelven á hallarse á la par mas allá de los limites del sepulcro.

CAPÍTULO XI.

La Extrema-Uncion.

EMPERO, donde el Cristianismo desplega toda su sublimidad es á la vista de ese sepulcro, silencioso pórtico de otro mundo, pues si la mayor parte de los cultos antiguos han consagrado las cenizas de los que dejaron de ser, ninguno ha pensado en preparar el alma para esas regiones desconocidas de que jamás se regresa.

Venid á contemplar el mas hermoso espectáculo de la tierra: venid á ver morir el fiel. Este hombre no es ya el hombre del mundo, no pertenece ya á su país, y cesan todas sus relaciones con la sociedad. Concluyen para él los cálculos relativos al tiempo, pues su fecha pertenece ya á la gran era de la eternidad. Un sacerdote le consuela sentado á su cabecera, hablándole de la inmortalidad de su alma; y la escena sublime que la antigüedad entera solo presentó una vez en el primero de sus filósofos moribundos, se renueva diariamente en el mísero lecho del último de los cristianos, próximo á su fin.

El momento supremo ha llegado: un sacramento abre al justo las puertas del mundo, y otro sacramento las cierra; la Religion le mecía en la cuna de la vida, y sus hermosos cantos y su mano maternal acariciaban su sueño de muerte. La Religion prepara el bautismo de este segundo nacimiento; pero ya no elige el agua sino el aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador rompe poco á poco las ligaduras del fiel, y su alma, medio emancipada de su cuerpo, se hace casi visible en su semblante. Ya oye los conciertos de los serafines; ya está próximo á volar á las regiones á que le llama esa esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. El ángel de la paz desciende sobre ese justo, y tocando con su cetro de oro sus ojos fatigados, los cierra deliciosamente á la luz.

Muere, y no se ha oido su postrer suspiro; muere, y mucho despues de su muerte sus amigos enmudecen en torno de su lecho, porque creen que aun duerme: ¡tan dulce ha sido el tránsito del cristiano!

LIBRO SEGUNDO.

Virtudes y leyes morales.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vicios y Virtudes segun la Religion.

LA mayor parte de los antiguos filósofos han hecho la clasificacion de los vicios y virtudes; pero la sabi-

duría de la Religion vence de nuevo aquí la de los hombres.

Consideremos primero la soberbia, vicio que la Iglesia considera como el primero de todos. Es el pecado de Satanás, el primer pecado del mundo. La Soberbia es en tal manera el principio del mal, que la vemos prestar su colorido á todas las enfermedades del alma: brilla en la sonrisa de la Envidia; resalta en las orgias del deleite; cuenta el oro de la Avaricia; centellea en los ojos de la Ira, y sigue los atractivos de la Lujuria.

La Soberbia despenó á Adam; armó á Cain del arma fratricida, levantó á Babel, y destruyó á Babilonia. Por su soberbia Atenas arrastró en su ruina á toda la Grecia; la Soberbia derrocó el trono de Ciro, dividió el imperio de Alejandro, y abrumó á Roma bajo el peso del universo.

En las circunstancias particulares de la vida, la Soberbia produce resultados aun mas funestos, pues hace blanco de sus ataques al mismo Dios.

Si investigamos las causas del ateísmo, vendremos á dar en la triste observacion de que la mayor parte de los que se rebelan contra el cielo abrigan algun motivo de queja contra la sociedad ó contra la naturaleza (esceptuando no obstante los jóvenes seducidos por el mundo, ó los escritores ansiosos de celebridad). Mas, ¿por qué los que se ven privados de esas frívolas ventajas que la casualidad concede ó niega á su capricho, no saben hallar el remedio á esta insignificante desgracia, acercándose á la Divinidad? Esta es la verdadera fuente de las gracias; Dios es de tal manera la hermosura por excelencia, que solo su nombre, pronunciado con amor, basta para imprimir cierto sello divino al hombre menos favorecido por la naturaleza, como se observó en Sócrates. Quédense el ateísmo para aquellos que, faltos de la nobleza suficiente para hacerse superiores á las injusticias de la fortuna, no muestran en sus blasfemias otra cosa que el vicio primitivo del hombre, lastimado en su parte mas sensible.

Si la Iglesia ha señalado el primer lugar á la Soberbia, en la escala de las degradaciones humanas, no ha clasificado con menos oportunidad los demás seis vicios capitales. No creamos que el orden en que los vemos colocados es arbitrario, puesto que basta examinarlo para descubrir que Religion pasa con sumo acierto de los crímenes que atacan á la sociedad en general, á los delitos que solo recaen sobre el culpable. Así, por ejemplo, La Envidia, la Lujuria, la Avaricia y la Ira, siguen inmediatamente á la Soberbia, porque son vicios que se ejercen sobre personas extrañas, y no viven sino entre los hombres; mientras los últimos, es decir, la Gula y la Pereza, son unas inclinaciones solitarias y vergonzosas, reducidas á buscar en sí mismas sus principales fruiciones.

Adviértese el mismo conocimiento de la naturaleza en las virtudes preferidas por el Cristianismo, y en el lugar que les señala. Antes de Jesucristo, el alma del hombre era un caos; pero el Verbo se hizo oír, y al punto penetró la luz en el mundo intelectual, como á la misma palabra todo se habia ordenado en el mundo físico: fue la creacion moral del universo. Las virtudes subieron á los cielos, á semejanza de unos purísimos resplandores: cuales, rutilantes soles, atrajeron las miradas por la brillantez de su luz; cuales, modestas estrellas, buscaron el pudor de las sombras, en que no pudieron ocultarse. Vióse establecerse desde entonces una admirable balanza entre la fuerza y la debilidad, porque la Religion fulminó sus rayos contra la Soberbia, vicio que se alimenta de virtudes; y descubriéndolo en los pliegues de nuestros corazones, lo persiguió en sus caprichosas metamorfosis; los Sacramentos marcharon contra él en santo ejército, y la Humildad, vestida de un saco, ceñido el talle con una cuerda, desnudos los piés, la frente cubierta de ceniza, bajos y arrasados en lágrimas los ojos, se trocó en una de las primeras virtudes del fiel.